

# BENDITA ECONOMÍA

# Índice general

<i>Prólogo (Stefano Zamagni)</i> .....	5
<i>Nota a la edición española</i> .....	11
Introducción: Murciélagos y ángeles .....	13
I. EL SIGNIFICADO DE LOS CARISMAS EN LA VIDA CIVIL Y ECONÓMICA .....	31
1. ¿Qué es un carisma? .....	31
2. Apuntes para una historia del «perfil carismático» de la economía .....	35
3. Eclipse y retorno de la tradición civil .....	41
4. Los carismas y la visión de la pobreza .....	44
5. El artista es portador de un carisma (no solo de talento).....	48
6. Carismas e innovación .....	49
7. Carisma y gratuidad .....	54
8. Algunas características de la economía carismática .....	56
II. BENITO Y EL PAPEL DEL MONACATO PARA LA ECONOMÍA Y LA CIVILIZACIÓN .....	63
1. De la esclavitud al «Ora et labora» .....	64
2. La cultura del trabajo hoy .....	66

3. Benito de Nursia .....	71
4. La cultura monástica y la «invención» de la economía.....	74
5. El monasterio y la ciudad .....	78
6. El monasterio y la democracia.....	81
7. Desarrollo agrícola y tecnológico .....	87
III. FRANCISCO Y LA ESCUELA FRANCISCANA.....	90
1. Una escuela de pensamiento económico a partir de la pobreza .....	90
2. La teoría del valor y el mercado .....	92
3. El debate sobre la usura y el interés .....	97
4. Nacen los bancos populares en Europa: los Montes de Piedad .....	100
5. Bancos para curar la pobreza .....	104
6. Pobreza y subsidiariedad .....	107
IV. LOS CARISMAS, LA ECONOMÍA Y LOS DESAFÍOS DE HOY....	110
1. Por una nueva cultura del trabajo a la luz de los carismas .....	110
2. Tres desafíos decisivos .....	115
3. El desafío de las reciprocidades .....	120
4. Las patologías de la reciprocidad en las experiencias carismáticas .....	123
4.1. <i>Un simple producto</i> .....	123
4.2. <i>El modelo «utópico»</i> .....	125

4.3. <i>La patología «paternalista»</i> .....	127
4.4. <i>La enfermedad del desencanto</i> .....	127
CONCLUSIÓN. POR UNA SOCIEDAD DE LA GRATUIDAD .....	129
<i>Bibliografía</i> .....	135
<i>Índice de nombres propios de persona</i> .....	141



Colección  
“Cultura y sociedad” - Desafíos

Luigino Bruni  
Alessandra Smerilli

# Bendita economía

Benito de Nursia y Francisco de Asís  
en la historia económica de Europa



Ciudad Nueva

1ª edición: noviembre 2019

Título original:

*Benedetta economia.*

*Benedetto di Norcia e Francesco d'Assisi  
nella storia economica europea*

© 2008, Città Nuova Editrice

via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

[www.cittanuova.it](http://www.cittanuova.it)

Traducción: *Isaías Hernando Chicote*

Edición: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:

*Antonio Santos*

Imagen de cubierta:

Giotto, *San Francisco dando su manto a un pobre*  
(Basílica Superior de San Francisco - Asís)

© 2018, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.es](http://www.ciudadnueva.es)

ISBN: 978-84-9715-448-2

Depósito Legal: M-36.615-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## Prólogo

Ciertamente no es la primera vez que alguien reconoce y aprecia el importante papel que los carismas han desempeñado y desempeñan en la vida eclesial y en la sociedad civil en general. Pero hay que admitir que hablar de principio carismático dentro de la economía de mercado es algo original y extraordinariamente sorprendente. Es natural que la historia revisada de Benito y Francisco, narrada con gran maestría por Luigino Bruni y Alessandra Smerilli, capte la atención de los estudiosos y operadores económicos. Estos, acostumbrados a considerar esta disciplina como un monolito capaz de autofundarse, empiezan a percibir que existe otra forma de abordar los problemas económicos, una forma que no solo es más satisfactoria desde el punto de vista teórico-científico, sino que además produce mejores resultados.

Quiero llamar la atención sobre dos palabras clave asociadas una al pensamiento de Benito y la otra al de Francisco. El *Ora et labora* de Benito no es solo un camino de santidad individual, sino que, como bien subrayan los autores, es el fundamento de lo que posteriormente se consolidará como una ética basada en el principio de la nobleza del trabajo, que el judaísmo de algún modo ya había afirmado. Sabemos que en el mundo grecorromano el trabajo no era un elemento constitutivo de una vida buena. La vida buena era más bien la vida política, y en la política no había sitio para



los trabajadores. El hombre libre no trabajaba. Para la regla benedictina no era así. La experiencia del monacato benedictino y cisterciense representa el punto de llegada de la reflexión sobre la vida económica que los Padres de la Iglesia habían realizado con agudeza a partir del siglo IV, pasando por la criba de la ética cristiana la relación con los bienes terrenales. Los bienes y la riqueza no merecen condena por sí mismos; solo si se los considera un mal, es decir, si son usados como un fin y no como un medio. Es notable a este respecto la obra escrita en 370 por Basilio de Cesarea, titulada *Sobre el buen uso de la riqueza*: «En los pozos de los que más se bebe, el agua brota de forma más fácil y copiosa; si se dejan en reposo, el agua se pudre. También la riqueza quieta es inútil. En cambio, si circula y pasa de unas manos a otras, es de utilidad común y fructífera». Como se puede ver, aquí se anticipa ya la noción de bien común, que tomará forma unos siglos más tarde.

Dentro del tema del presente libro merece un breve comentario el desarrollo del movimiento cisterciense. Como sabemos, bajo el impulso decisivo de otra gran figura carismática, Bernardo de Claraval, la Orden Cisterciense registró un enorme éxito en competición —en el sentido de *cum-petere*— con la abadía de Cluny, en Borgoña. Tras dejar la abadía de Molesme para fundar un nuevo monasterio en Cîteaux en 1098, donde llevar una vida más acorde con el carisma benedictino, los cistercienses tuvieron que hacer frente desde el principio a dos cuestiones de naturaleza económica.

La primera se refería a la actitud con respecto al trabajo. Si los cluniacenses iban diciendo que el trabajo destinado a producir lo necesario para subsistir debían realizarlo per-

sonas sometidas a ellos, los cistercienses, más fieles al espíritu de la Regla, afirmaban que no era lícito vivir del fruto del trabajo ajeno. De ahí su rechazo a toda clase de rentas, incluido el diezmo.

La segunda cuestión se refería al régimen de propiedad. La Regla benedictina dejaba la posesión de todos los bienes en manos del abad, quien podía usarlos de la forma más adecuada para proveer a las necesidades de los monjes, mientras que los cistercienses rechazaban cualquier posesión, incluida la posesión de iglesias y altares. La *Carta caritatis*, cuya versión final es de 1147 y representa la constitución de la Orden del Císter, era de una firmeza inamovible en estos dos puntos. ¿Qué consecuencias imprevistas se derivaron de esta intransigencia? Que el estilo de vida de los cistercienses, orientado a un rigor y a una pobreza extrema, acabó atrayendo la atención del pueblo, el cual, consciente del buen uso que hacían de sus liberalidades, «inundó» de donaciones sus monasterios. De este modo, en pocas décadas los seguidores de Bernardo se encontraron prisioneros de una contradicción como consecuencia de aplicar sus propios principios: una vida sobria y un trabajo altamente productivo daban como resultado el «obstáculo de la riqueza». ¿Qué hacer con una riqueza que no dejaba de aumentar?

La vía de salida del «obstáculo de la riqueza» lo encontraron los franciscanos con la invención de la economía civil de mercado. Francisco, fundador de un movimiento eremítico transformado en una orden mendicante tras un desarrollo fulminante, recibió de Bernardo tanto el principio por el cual los *contemplantes* debían convertirse a su vez en *laborantes*, como la regla por la que los frailes debían

renunciar incluso a la propiedad común. Pero se alejó de él en un punto fundamental: para dar salida al excedente generado en el proceso productivo y resolver así el «obstáculo de la riqueza», era necesario que todos pudieran participar en la actividad económica, o al menos había que tender a ello. Así nació el mercado como espacio de inclusión para todos. Para eso servía la división del trabajo. Esto, entre otras cosas, explica por qué las nuevas órdenes mendicantes –franciscanos y dominicos– se sentían tan atraídas por las ciudades: allí es donde vivía la mayor parte de la población, y por tanto allí es donde debía llegar la riqueza acumulada.

¿Qué categoría concreta de pensamiento permitió a Francisco sentar las premisas sobre las cuales sus frailes edificarían la economía civil de mercado, mucho antes de que estas fueran suplantadas por la economía de mercado capitalista? *La fraternidad*, palabra prohibida hasta tiempos recientes en el léxico y en la praxis económica. Uno de los mayores méritos del trabajo de Bruni y Smerilli consiste en reverdecer esta línea de reflexión fundamental dentro del discurso económico, una línea que la Revolución Francesa y lo que vino después bloqueó en la práctica. Nunca se ponderará bastante la importancia del pensamiento de san Francisco sobre el principio de fraternidad y, por consiguiente, sobre el principio de reciprocidad, que es su traducción en el plano práctico. «Lo que me parecía amargo se convirtió en dulzura del alma y del cuerpo». Hay algo verdaderamente extraordinario en esta afirmación. Ver al otro con ojos nuevos es, para el pobrecillo de Asís, el corazón de la conversión, y por tanto el principio regulador de una forma nueva de organizar la sociedad.

La conversión, antes que un cambio de comportamiento, es mirar de un modo distinto la realidad, y en particular cambiar la percepción de la relación intersubjetiva. En esto radica la fuerza impetuosa del principio carismático. Ver al otro y reconocer su dignidad como persona sin tener en cuenta sus méritos ni sus talentos marca la diferencia, también en el ámbito del comportamiento. Sabemos que sentirnos vistos y reconocidos nos transforma siempre, antes o después. Valorar lo que hay de positivo en cada uno. Decía Francisco al lobo de Gubbio: «Tú eres malvado cuando despedazas a quien encuentras en tu camino, pero estoy seguro de que lo haces porque tienes hambre». Más tarde les dice a los habitantes del pueblo: «Convertíos y dad de comer al lobo». Esto significa que la conversión es verdadera cuando cambia nuestra percepción de las cosas y de las personas, y por eso nos induce a cambiar de comportamiento.

De este modo podemos comprender mejor cuál es la clave de la economía carismática. La eficiencia y la equidad, aun siendo necesarias, no son valores suficientes. En economía, la perspectiva carismática tiende necesariamente a hacer realidad la sociedad fraterna; no se puede conformar con asegurar la convivencia social; aspira a la *vida en común*. Como Aristóteles comprendió muy bien, la vida en común entre seres humanos es muy distinta de la mera comunidad de intereses de los animales pastando. En la acción de pastar, que también presupone una forma de convivencia, cada uno come por su cuenta e intenta, si puede, quitar comida a otros animales. Sin embargo, en la sociedad humana el bien de cada uno solo se puede alcanzar con la aportación de todos, y solo es posible saborear el bien de cada uno si es también el bien de los demás. Entonces ¿qué

podemos hacer para que el mercado vuelva a ser –como en la época, desgraciadamente breve, del humanismo civil– un instrumento de civilización y de progreso moral y económico al mismo tiempo? Este es el gran desafío que la economía carismática quiere recoger y proponer, con fuerza, a estudiosos y responsables políticos. Debemos estar sinceramente agradecidos a los autores de estas líneas y desear que su trabajo suscite otras obras de quienes decidan seguir sus huellas.

STEFANO ZAMAGNI